

Simplemente, agradecer

Por Liena María Nieves Portal

«Un día nos estaremos riendo de todo esto, ¡o mejor!, ya ni nos acordaremos». Pulso Enter y cierro el mensaje con un emoji de un beso.

Del otro lado de la pantalla, la prima a la que no veo desde antes de la pandemia me dice que el domingo anuncian el Premio Gordo de la Mega Millions; que si coinciden los seis números que le mandé —porque confía en mi aché e intuición, y esto lo repetimos cada vez que compra un boleto— y se gana los 760 millones, se compra un avión, busca «al piloto más relindo del hemisferio norte» y esa misma tarde aterriza en Santa Clara para estrecharnos en el mismo abrazo redondo que, a puro salto y risa espanta tristezas, nos dábamos cada vez que llegaba la semana de receso escolar y venía a pasarla a la casa de nuestros abuelos.

Sin vernos el rostro, noto que a ambas se nos atormenta la nostalgia entre la garganta y el pecho. Ya ninguna de las dos tiene abuelas, la única manera de notar si las caras de luna llena nos lucen más redondas aún es haciendo *zoom* sobre la foto, y nos enviamos *reels* en los que preparan los cafés exóticos que deseáramos tomarnos juntas; ella me manda una vista del puente Golden Gate, con un mar erizado por el viento frío, y yo, la imagen de mis pies bajo las aguas transparentes de una de las playas más perfectas de Cuba. Un golpe de realidad: cada una vive la vida que eligió o, al menos, eso intentamos.

Sí, esa ha sido la mayor enseñanza de este 2024 que, como el José Arcadio Buendía de *Cien años de soledad* —confinado a permanecer atado al castaño del patio y víctima de su propia locura—, se despidió del mundo dejando una estela de incertidumbres y asuntos

martirena



inconclusos, aunque, asimismo, memorias irremplazables. No, no hablaré de oscuridades. Me niego a que el sabor de los asuntos memorables de casi 365 días vividos se limite a ese tipo de amargores.

La bitácora de mi año se escribió en renglones curvos como pincelazos de Van Gogh y con tintas de muchos colores. No faltó casi nada —de lo que tememos, pero, también, de lo que anhelamos— en este largometraje de 525 600 minutos. Eso sí, llego a este punto con más líneas de expresión en el rostro de las que me gustaría asimilar; no obstante, prefiero pensar que se deben a que no desaproveché ninguna oportunidad para reír: abrazada a mi hijo en su graduación de noveno grado, estrenando sueños impensables, al tiempo que recibía la noticia de que me nacería otra sobrina del alma, tras un tequilazo con los amigos-hermanos.

Quiero creer que les dediqué a los míos lo mejor que soy capaz de ser y hacer desde la imperfección de una simple humana; que las decisiones que tomé no dañaron a nadie, que alguien me quiere más porque me conoció mejor.

De la misma manera en que desempolvamos muebles y metemos la escoba debajo de la cama para sacar cada partícula de suciedad, pues nos figuramos que con la casa reluciente el nuevo año entrará sin tantos tropiezos, limpiémonos pecho adentro, aligeremos la pesadísima carga de las emociones negativas, y dispongámonos a dar las gracias por los que sí están y lo que sí poseemos.

¡Feliz 2025 a cada familia cubana! Mientras nos tengamos los unos a los otros, siempre habrá motivos para el agradecimiento.

El misterio de los colores

Por Niurys Castillo Hernández

Voy a esperar el nuevo año vestida de negro. No por la sobriedad ni la aparente tristeza, sino por esos secretos que aguardan en lo desconocido. Luciré lúgubre ante el dolor, pero también serena, elegante e imponente, de cara a los 365 días en los que persiste el misterio.

Con la firmeza y el valor suficientes para vencer los miedos, el color negro recrea un cúmulo de emocio-

nes. No hay día ni horario capaz de hacerle sombra.

Si de sinónimos hablamos, el negro supone un ejemplo idóneo para sustituir vocablos como pérdida y sufrimiento. Pero en la premura de los desasosigos, olvidamos que, gracias a él, las notas se vuelven canción, el papel deja de estar en blanco y el próximo ciclo tendrá nuevos textos provistos de historias.

Durante el 2025 habrá, de seguro, momentos grises y también oscuros como la medianoche. Existirán ma-

drugadas de risas, llantos y reclamos. Abogaremos por el reencuentro de viejos amigos y el beso que anuncia la tempestad. Miraremos al cielo en la cúspide de la venidera aventura y pediremos un favor a la estrella de los deseos.

Este 2024 lo despediré a lo grande, sin matices de añoranza; aunque con ganas de más abrazos e instantes compartidos. La vuelta a la manzana y el cubo con agua aguardan por el instante en el que la noche reinicia el calendario. Mi muñecón arderá bajo las llamas purificadoras de males. Abrazaremos la vida y la noche se hará más ligera.

Voy a celebrar en traje de gala y con colores neutros. No por desdicha; mucho menos, por malas vibras. La neutralidad es una muestra de igualdad de condiciones, nivelación y orden. Se asocia a la toma importante de decisiones, y a la virtud constante para quien busca éxitos y oportunidades. El negro no es solo dolor y tristeza.

Para el último aliento del viejo almanaque prefiero el negro, porque, más allá de su elegancia, el color es el resultado de una ecuación perfecta que solo depende, para resaltar, de una combinación armoniosa.

Por eso, aguardaré la arrancada del 2025 con dorsales en negro y gritaré: «¡Feliz Año Nuevo!», mientras un hermoso vestido negro anuncia al mundo que solamente él lleva intrínseco el misterio de los colores.

Por Leslie Díaz Monserrat

Si una debilidad compartimos en la familia es la glotonería. Cuando hay un dulce de por medio puede haber un muerto, porque para estar en nuestro árbol genealógico se precisa ser, al menos, goloso.

Parte de la culpa, para decirlo de algún modo, la debe tener mi abuela Marcela. Mi vieja lo arreglaba todo con comida: un caldo para un resfriado y un postre para un mal de amores. En días festivos separaba el ñame con días de antelación. Preparaba una masa blanquísima, a la que le echaba un huevo criollo para después revolver y freír aquellas bolitas doradas que bañaba en azúcar. Los buñuelos de mi tía Dalia quedan perfectos, crujientes por fuera y blandos por dentro, de un color amarillo comestible. No hay ocasión especial en que no extrañe la familia con la que crecí, la que me crió, la que llenó mi vida de recuerdos.

Y en ese glosario de mis personas favoritas se halla, en un puesto especial, mi tío Folo. Siempre lo he admirado por su honestidad y sentido de justicia. Me encantaba verlo en su moto roja, cuando era el Julio Iglesias de la familia y se dedicaba a la topografía.

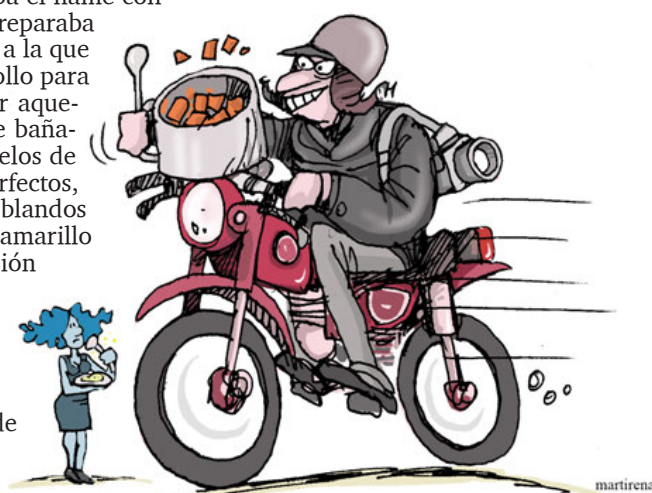
Con Felito puedo estar hablando por horas, parece un erudito griego y su conocimiento, autodidacta, viene acompañado por un sentido ético de la vida.

Solo una vez tuvimos una contienda de vida o muerte. Aquel día mi abuela hizo un arroz amarillo que levantaba a un muerto. Mi tío llegó con su plato,

el cual rebosó con el cereal amarillo. Después lo hice yo, pero me bastaron tres cucharadas para no dejar ni un grano.

Nos encontramos los dos para la segunda vuelta. Estábamos frente a frente. Nos miramos, examinamos la caldera y al menos yo no estaba dispuesta a compartir.

Ya tenía él la espumadera en la mano, un aire de ganador en la mirada, cuando decidí hacer una jugada muy sucia. Le dije que había venido una legión de moscas, que se habían posado en el arroz, pero esas mismas moscas minutos



martirena

antes estuvieron rondando gallinas muertas, latones de basuras, aguas albañales y etcétera.

La descripción fue tan realista y detallada que hasta a mí se me hizo un nudo en el estómago. Por supuesto que gané, pude llevarme mi segunda vuelta, pero debo confesar que no la disfruté.

Mientras tanto, el «derrotado» se daba una «pega» de dulce de fruta bomba en un jarro de cinco libras. En tanto yo terminaba el arroz con resignación, él devoraba mi postre con una pose de venganza.



© JUVENIL ESTADIANIA



martirena